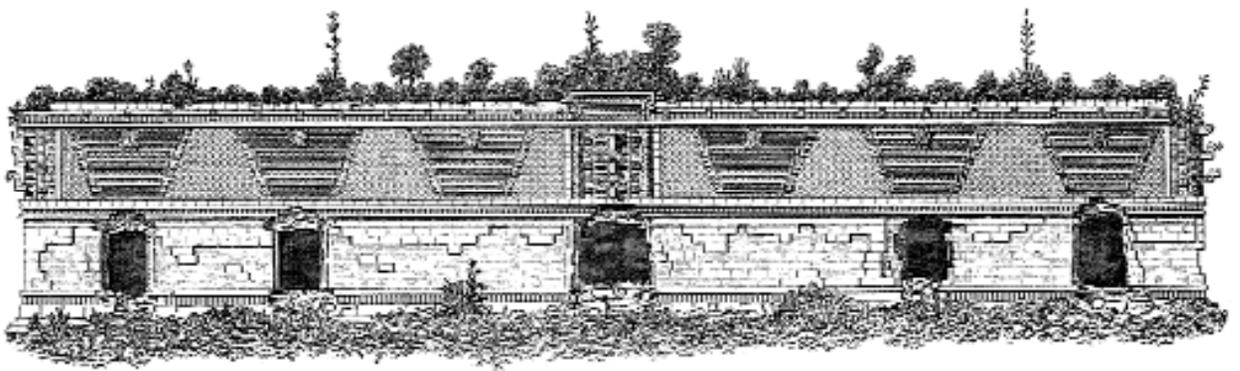


# El doctor Fitzpatrick

Hernán Lara Zavala

*A lo largo de una obra consistente, que incluye la novela Charras, libros de cuentos como Después del amor, colecciones de ensayos como Contra el ángel, Hernán Lara Zavala ha desplegado un universo literario original y propio. A continuación ofrecemos un adelanto de su novela Península, Península de inminente aparición bajo el sello de Alfaguara.*



Fachada oriental de Las monjas, Uxmal, Yucatán

El doctor Patrick O. Fitzpatrick no cambiaba su independencia ni su soledad por nada ni por nadie.

Soltero empedernido, llegó a Tekax con una petaquilla de ropa y su maletín de doctor. Vestía traje de lino blanco, sucio y arrugado, chaleco con leontina, un sombrero de ala un poco más corta de la que se usaba y botas de minero llenas de polvo y lodo. Tan pronto se bajó de la diligencia que lo trajo de la Colonia Inglesa sintió el rayo lacerante del sol sobre los ojos. De su bolsillo superior sacó unas gafas oscuras y se las puso. Empezó a caminar por el pueblo en busca de dónde

alojarse. Tan pronto inició su camino, un famélico perro negro con una estrella blanca en el pecho, orejas gachas, cachorro aún, lo empezó a seguir. Fitzpatrick no le hizo caso y apenas reparó en él. Llegó a la plaza y se dirigió a la única casa de huéspedes que le indicaron existía en Tekax. Tocó, se quitó los lentes y habló con la dueña, que le asignó un cuarto grande y espacioso sin más mobiliario que una hamaca, una bacinica, una mesa con su silla y un aguamanil. Fitzpatrick ni se molestó en verlo. El comedor estaba en el centro de la casa junto a unos arcos que daban al jardín, donde había

un lugar para bañarse detrás de un biombo, las letrinas al fondo.

—¿Cuánto? —preguntó.

La mujer pidió una cifra insignificante. Fitzpatrick sacó de su bolsillo varias monedas: extendió la mano.

—¿Cuánto se va a quedar?

—No lo sé.

La mestiza miró las monedas que tenía el doctor en la palma de la mano y seleccionó, entre el índice y el pulgar, una, la de menor denominación y, cuidadosamente, se la introdujo en el seno.

—Es el pago de una semana.

—Que nadie me moleste.

Corrió el pestillo tan pronto salió la casera de la habitación. Descolgó la hamaca atada en uno de los gafios y la extendió sin el pabellón. Cerró los postigos de la ventana para impedir que entrara la luz; colocó sombrero, saco y camisa sobre la silla y se sentó en la hamaca. Se desabrochó las botas y las aventó a una esquina. Se quitó los calcetines agujerados y los pantalones y los dejó caer al piso. Sintió el fresco del mosaico en los pies. Temiendo que se le fuera a aparecer el buitre, abrió el maletín y sacó una botella de ginebra barata, sus polvos de quinina y un vaso. Lo llenó hasta la mitad, mezcló los polvos y bebió todo de un trago. El alma le volvió al cuerpo. Depositó la botella con un poco menos de la mitad sobre el piso, por si las dudas, y se acostó en la hamaca a dormir.

Tendría el doctor cerca de cuarenta años. Hacía poco menos de veinte que había salido de Irlanda, su país de origen, para huir de lo que más detestaba en este mundo y en particular de sus compatriotas: el anhelo de estar peleando entre sí, de participar en luchas intestinas, revoluciones y guerras civiles. Primero se dirigió hacia Santo Domingo y le tocó la rebelión de Plain du Nord, de donde salió huyendo para recorrer, una por una, las islas del Caribe que pertenecían al imperio británico. Estuvo en Barbados, después pasó a Antigua y finalmente a Santa Lucía sin encontrar el sosiego que anhelaba. Desilusionado, decidió internarse en el continente. Como si una maldición hubiera caído sobre él, la guerra intestina y la revolución lo perseguían de modo que donde ponía el pie, estallaba alguna revuelta. Así vivió las revoluciones de Colombia, Perú, Chile y Guatemala. Durante la epidemia de cólera de 1837 conoció, en su calidad de médico, al mismísimo indio Rafael Carrera cuando era un porquerizo vulgar y analfabeta. Para su desgracia, Fitzpatrick se encontraba en Salama cuando surgió el movimiento guerrillero de campesinos y fue el propio Carrera, “el caudillo adorado de los pueblos” quien, al mando de mil indios y al grito de “mueran los blancos”, encabezó el ataque. El doctor Fitzpatrick fue de los que defendieron la ciudad con treinta y seis soldados y sesenta ciudadanos capaces de portar armas. Afortunadamente los guerrilleros decidieron replégarse. A partir de ese día el doctor de-

cidó huir de Guatemala a Belice sin imaginarse que había llegado al soñado y temible reino de La Mosquitia en Nicaragua, donde los sambos misquitos protegían ancestralmente a los piratas ingleses y controlaban el territorio comprendido entre el Río Aguán y el Río Coco. A Fitzpatrick le tocó el desafío de los ingleses a los españoles en contra de las Provincias Unidas de Centroamérica y el intento de crear un canal interoceánico por el río San Juan.

Cuando salió a la calle al día siguiente, cerca de las diez de la mañana, el perro seguía tímidamente enroscado frente a la puerta de la casa. Fitzpatrick se dirigió a comprar una botella de licor en la tienda grande del pueblo. Le gustaba beber *whisky* o ginebra, pero después de tantos años lejos de su país y viviendo en lugares dejados de la mano de Dios, bebía lo que hubiera con una gradación respetable de alcohol. Poco a poco se fue aficionando al aguardiente de caña, fácil de conseguir por los sitios donde había discurrido. Caminó hasta la tienda; el perrillo, con las costillas a la vista y el pelo opaco por el polvo, lo volvió a seguir.

—¡Largo! —exclamó Fitzpatrick—. Conmigo no vas a sacar nada bueno.

El perrillo se le quedó mirando con la cabeza ligeramente ladeada, los ojos ambarinos, casi humanos, con profundo desconsuelo. Fitzpatrick recogió una piedra pequeña del piso y se la arrojó.

—¡Fuii! —le gritó.

El perrillo se alejó con la cola entre las patas pero se mantuvo a distancia prudente, mirándolo con ojos lastimeros mientras Fitzpatrick, botella en la mano, volvía hacia el hostal.

El doctor, hombre de baja estatura, ligeramente excedido de peso, ojos de batracio de color verdoso y escaso cabello siempre revuelto, tenía la cara colorada, los ojos inyectados y la nariz llena de venillas rotas. Casi nunca sonreía y era de pocas palabras. A donde llegaba ejercía su oficio de médico practicando la curación cada vez de manera menos ortodoxa, pues su residencia en el trópico le había ido enseñando muchos remedios que poco o nada tenían que ver con la medicina convencional. En la mayor parte de los lugares donde había vivido no existían las condiciones mínimas de higiene y a veces ni agua para lavar una herida, además de que sus intervenciones se daban inevitablemente en las circunstancias más precarias. Luego de considerarlo decidió irse a vivir a los Estados Unidos pero sobrevino la guerra con México. De casualidad se enteró de que Yucatán se había declarado neutral en el conflicto y sin pensarlo se internó en la Península por Belice. Así llegó a Tekax.

Tan pronto Fitzpatrick entró a su habitación se dio cuenta de que el buitre ya estaba ahí, arrinconado, mirándolo

fijamente. Trató de ignorarlo. Sacó *The Pilgrim's Progress*, que siempre llevaba en su maletín, y se acostó a leer en su hamaca no sin antes darle un fuerte trago a la botella de aguardiente que colocó en el piso, junto con su vaso de quinina, bajo la mirada inquisitiva del pajarraco que empezó a merodearlo. Con mano temblorosa tomó otro trago tratando de mantener la calma. Escuchó que tocaban la puerta. Era su casera diciéndole que una persona preguntaba por él.

—¿Quién... si no conozco a nadie aquí? —contestó desde su hamaca.

—Es una señora con su hija —respondió la casera.

—Dígale que no estoy.

—Dice que es urgente, que su hija está grave.

La noticia de que había llegado un médico al pueblo había corrido de lado a lado de Tekax. De mala gana, Fitzpatrick se levantó de la hamaca y abrió la puerta. Lo buscaba una mujer maya, vestida de hipil, con una joven como de quince años a la que traía casi a cuestas con una inflamación que le impedía caminar. De manera un tanto hosca, Fitzpatrick la miró de arriba abajo. Le preguntó qué le pasaba. La jovencilla no quiso responder y volvió la cabeza recargándola en el hombro de su madre, que le contestó que su hija tenía algo en el *bobosh* que le impedía caminar. Fitzpatrick pidió a la casera una sábana y recostó a la chica sobre el piso. Le levantó el hipil, le bajó el calzón y la auscultó: vio que se trataba de una pústula en el coxis que se había infectado y le había causado una enorme bola amarillo-rojimoreada de pus. El doctor fue por el aguardiente y tomó un trago a pico de botella. Su mano dejó de temblar.

—Va a ser doloroso, pero qué remedio. Dígale a su hija que beba lo que queda de esto —le dijo pasándole la botella.



Choza de palmas en las ruinas de Kiuc, Yucatán

La mujer habló con su hija en maya y la jovencita obedeció tomando un trago mínimo.

—Tiene que tomar más, si no, no va a aguantar.

La madre volvió a intentar sin éxito.

—Deténgamela —dijo.

Cuando la giraron sobre el piso para que pudiera beber de la botella, la jovencita empezó a gritar de dolor. Fitzpatrick le pasó el brazo izquierdo en torno a la cara, le tapó la nariz y, pidiéndole a la madre que le sujetara los brazos, la obligó a beber, no sin propiciar que empezara a toser y llorar. El doctor había logrado que la jovencita ingiriera una buena cantidad de aguardiente.

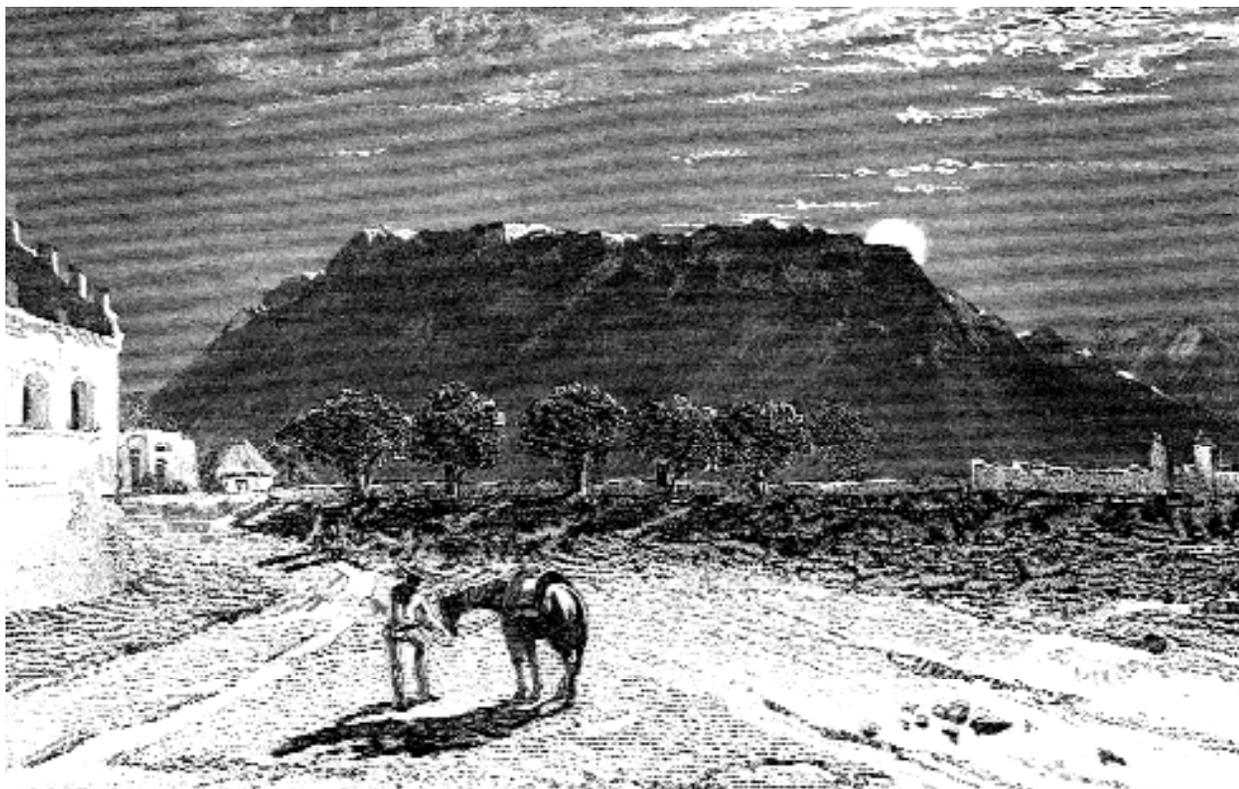
—Vamos a esperar a que le haga efecto...

La chica empezó a hipar y a reír con su madre. Fitzpatrick aprovechó para beber otro traguito y administrarle el resto a la chica, ahora menos reacia.

Fitzpatrick pidió a su casera que calentara agua y le trajera unos trapos. Sacó de su maletín el estetoscopio y su bisturí y, cuando tuvo todo listo, procedió a hacerle una hendidura para extraerle el pus y limpiarle la pústula y después a extirpar la bolsa sebácea que causaba el problema. La niña gritaba y lloraba de dolor mientras el doctor, impávido, la intervenía y la madre la consolaba tomándola de la mano. Cuando terminó, la niña se había dormido pero se veía a las claras que estaba notablemente aliviada. Aún no podía caminar pero el problema estaba resuelto. La mujer le dio las gracias y preguntó cuánto le debía. El doctor hizo un mohín que intentaba parecer una sonrisa y la despidió. La mujer se fue con la niña adolorida que apenas podía mantenerse en pie. Cuando las vio salir se dio cuenta de que el perrillo se encontraba otra vez cerca de la puerta. No le hizo caso. Fitzpatrick volvió a su habitación y, al ver que quedaba un poco de agua tibia, decidió afeitarse: como buen hijo del imperio se rasuraba a diario aun viviendo entre salvajes. Al terminar se percató de que el buitre había desaparecido.

A la mañana, muy temprano, la madre de la niña llegó a preguntar por él. Venía contenta: su hija se había levantado mejor y empezaba a caminar. Como agradecimiento le había traído una pierna de jabalí y tortillas. El doctor recibió la comida sin demasiado entusiasmo, todavía padecía un poco de resaca. Cerca del mediodía le dio hambre. Le pidió a la casera que calentara el plato que la mujer le había traído. Cuando estuvo servido lo observó con cuidado: era un buen trozo de carne rodeada de una espesa capa de grasa, pegada a la piel del animal. Con todo cuidado le quitó la grasa y empezó a comer con tortillas, chile habanero y frijol *cabax*. Al terminar dejó la piel llena de grasa y pelos. Recordó al perrillo que lo había estado siguiendo. Se asomó a la puerta. Tan pronto el perrillo lo vio se incorporó y empezó a mover la cola.

—Ven —lo llamó Fitzpatrick con la piel del *quitám* y la grasa en las manos.



Montículo en el pueblo de Dzilán, Yucatán

El perrillo se acercó meneando la cola.

—Trágate eso, que mucha falta debe hacerte —le dijo arrojándole la comida al piso.

El perrillo la devoró en un santiamén.

La noticia de la curación de la jovencilla se regó como pólvora y la gente de Tekax empezó a buscarlo, pues había muchos padecimientos: disentería, influenza, tisis, paludismo, inflamaciones, infecciones intestinales, tifo, tumores y pelagra o mal de indio. Hacía tiempo que no había un doctor en la localidad. Sin proponérselo empezó a ejercer su profesión en Tekax. Su presencia resultó un acontecimiento, ya que era raro encontrar a un médico en las pequeñas poblaciones de la Península. Los había en Mérida, Campeche y Valladolid, pero en los poblados como Tekax, que tampoco era tan pequeño, la medicina se encontraba en manos de farmacéuticos, aficionados y curanderos que se guiaban con libros y manuales y carecían de los fármacos necesarios, pues no había dónde se expendieran medicinas y menos boticas para preparar medicamentos. La gente humilde y los indios recurrían a brujos, a H-Men o H-Pulyaah, pues les tenían fe y respeto por considerarlos émulos de Xibalbá, dios del mal, suponiendo que tenían pacto con él. En sus curas utilizaban plantas medicinales de la región así como figuritas humanas de barro o cera, para sus venganzas. No existían ni penicilina ni sulfas, así que era común que los más desprotegidos, una vez que caían enfermos, murieran irremediablemente.

No hacía mucho había pasado por allí un médico gringo y joven, también de ojos claros —acompañando a un escritor y a un pintor en calidad de viajeros— que

le había dado por curar a cuanto bizco encontraba en el camino, que en la zona abundaban. Los liberaba de su estrabismo mediante un sencillo corte en un músculo del ojo y se convirtió en toda una leyenda entre la población indígena. Cuando apareció Fitzpatrick con sus ojos vedados el pueblo lo identificó con el otro médico extranjero que había pasado por allí y lo empezaron a buscar para que les resolviera todo tipo de problemas, incluyendo, por supuesto, el estrabismo.

Poco después de su arribo y de vivir en la casa de huéspedes el doctor Fitzpatrick logró hacerse de una pequeña y humilde casa de paja donde se mudó y que le servía de hogar y consultorio. Era el típico *uotoch* maya de forma ovoide, paredes y puertas de vara, sin adobe, para que circule el aire y se pueda ver hacia afuera. El techo de palma que impide las filtraciones de los torrenciales aguaceros que asuelan la Península. Tenía piso de tierra y una humilde cocina en la que preparaba sus alimentos en un comal sobre el fogón; había añadido una larga mesa con una colchoneta que le servía para auscultar pacientes e intervenirlos cuando era necesario. Como la gente no siempre le podía pagar con dinero, acostumbraban corresponderle con comida, tabaco, miel y, si se podía, con una botella de Holcatzín. Muchas veces retribuían su ayuda, sobre todo los mayas, cocinándole, limpiando su casa o lavándole la ropa.

Temblando en su hamaca y castañeteando los dientes por la fiebre que le producía el paludismo, el doctor Fitzpatrick escuchó que lo llamaban. Era domingo en la tarde y temía que fuera una de sus típicas alucinaciones.



Noria para extracción de agua en una hacienda, Yucatán

—¿Quién? —preguntó.

—¿Podemos pasar? —escuchó que le decía una voz femenina.

Sin zapatos, despeinado y débil, Fitzpatrick fue hasta la puerta. Tenía miedo de encontrarse al buitре que lo acosaba día y noche. Vio a una jovencilla que lo miraba sonriente, vestida al estilo indígena con cabellera negra partida por la mitad, ojos muy oscuros y brillantes, aretes y un collar de oro al cuello. Venía acompañada de su madre. Ante el desconcierto del doctor la chica le dijo:

—Ehhh, ¿ya no te acuerdas de mí?

Fitzpatrick la miró de arriba a abajo tratando de reconocerla.

—Es mi hija —dijo la madre—, a la que operaste el *bobosh*.

Claro, pensó Fitzpatrick, la jovencilla del forúnculo a la que intervino cuando llegó a Tekax. Como médico solía olvidar la cara de sus pacientes, cuya fisonomía era completamente distinta cuando los veía demacrados y deformados por el dolor y la angustia.

—¿Cómo sigues? —preguntó secamente Fitzpatrick.

—Muy bien, ¿no me ves? —y sin decir más pasó a la casa contoneándose para que el doctor la viera de cuerpo entero, seguida por su madre.

—¿Y qué quieren?

—Vinimos a darte las gracias y saludarte. ¿Por qué siempre estás solo?

Fitzpatrick no supo qué responder. Caminó a donde tenía una pequeña alacena, sacó la botella de aguardiente, los polvos de quinina y se sirvió un trago.

Observó a las mujeres: la madre, entrada en carnes, se veía joven y sonriente, pero la chica, morena y de piel brillante, estaba muy bien formada y no de mal ver: de

talle corto, piernas fuertes, cintura estrecha, amplias y redondas caderas, el cabello partido a la mitad y recogido en un chongo. Vestían el típico terno blanco con bordados en el escote y en la parte inferior de la falda. Las indígenas le atraían. Eran más graciosas, espontáneas, delicadas, más mujeres que las españolas, ya no digamos que las inglesas o irlandesas. Debía andarse con cuidado.

—¿En qué puedo ayudarlas? —preguntó Fitzpatrick hosco.

—Como no tienes mujer, mi hija se te quiere regalar.

—¿Qué? —contestó el doctor pensando que no había entendido.

—Esta niña no tiene con quién casarse y quiere regalarla contigo.

Fitzpatrick no supo qué hacer.

—¿Quieres ver cómo quedó mi herida? —preguntó ella provocadoramente.

—No —respondió él—. Por lo que puedo ver ya estás curada. Así que puedes irte.

—¿Por qué estás siempre molesto? ¿Qué te hicieron? ¿No te gustan las hembras? —preguntó la madre.

Fitzpatrick no contestó. La miró de soslayo y apuró su bebida. Sintió que la fiebre empezaba a ceder. ¿Sería que el Demonio había adoptado forma de mujer para tentarlo?

—Tócame para que me sientas y veas que no estoy mal —dijo la chica cogiéndole la mano y poniéndola sobre las nalgas.

Fitzpatrick sintió la carne de la mujer y la fuerza del deseo con intensidad, a manera de un latigazo; de inmediato retiró la mano, como si se hubiera quemado. No quería volver a desear a una mujer en su vida.

—¡Largo, váyanse! —les dijo violentamente y jalando del brazo a la jovencilla la llevó hasta la puerta, le dio un empujón, empujó a la madre por la espalda para sacarla de la casa.

Las mujeres no insistieron. Asustadas por la inesperada reacción del doctor, caminaron con timidez mirando hacia el piso sin voltear.

En ese momento vio que el perrillo negro que estaba en la calle, cerca de su puerta, se aproximaba a él, tímidamente, moviendo la cola. Lo miró un instante, y como reparación de lo que acababa de vivir se le ocurrió darle unas palmaditas sobre la cabeza en señal de afecto. Con él no corría peligro.

Sin pensarlo y contra su voluntad, con ese gesto Fitzpatrick había aceptado adoptar al perrillo que también se le había regalado para convertirse en su compañero. El animal tenía una ventaja: lo acompañaba sin hablar, algo que ningún humano hacía. Le enseñó a llevar su maletín cuando lo llamaban a consulta, de manera que muchas noches lo veían caminando por la calle con una tea en la mano mientras su perro, junto a él, cargaba la petaquilla del doctor en el hocico. No supo por qué se le ocurrió bautizar al perrillo con el nombre de Pompeyo. **U**